

funcionarios gubernamentales y del PNR se convirtieron en mediadores de los conflictos y lograron ir cooptando los movimientos mediante la solución de algunos de sus problemas, ya por la vía del gasto público o por intermedio de leyes y reglamentos. Se va dibujando el perfil de un partido que va convirtiéndose en puente entre el Estado y la sociedad civil. Los líderes de estos movimientos gestados, como dice la autora, desde sus entrañas, fungieron como vínculos con el poder, sirvieron como termómetros del descontento social y para la reformulación de programas oficiales que respondían a las necesidades por ellos planteadas.

El final de este romance popular queda abierto, como una promesa incumplida en el pasado que se proyecta hacia el futuro. El cierre de esta historia abandona el tono épico y se sitúa a medio camino entre la tragedia, porque los actores no lograron resolver totalmente sus necesidades, y la comedia, porque quienes obtuvieron respuesta a sus demandas lo hicieron a costa de la independencia con la que nacieron originalmente, ligándose al carro del Estado.

María del Carmen Collado Herrera  
INSTITUTO MORA

Gonzalo Martínez Corbalá, *Instantes de decisión*. Chile 1972-1974, Grijalbo, México, 1998.

Parecería que, al cumplirse 25 años del golpe de Estado en Chile, numerosas personas vinculadas a diferentes ámbitos

de la vida política y social, académica y periodística han puesto énfasis en la reflexión sobre ese pasado reciente. Una consecuencia evidente es la numerosa producción de libros y artículos que ha crecido, al mismo tiempo, por el juicio a Pinochet en España y por su detención en Londres.

Pero este renacer del estudio y la reflexión sobre el Chile de la crisis política y de la dictadura no es privativa del país austral, y un ejemplo de lo realizado más allá de las fronteras "nacionales"<sup>1</sup> lo representa el libro que se comenta.

Gonzalo Martínez Corbalá fue embajador mexicano en Chile de 1972 a 1974. Fue espectador privilegiado de los acontecimientos ocurridos en el último año del gobierno socialista de Salvador Allende y los sucedidos con su derrocamiento. Por tanto, tuvo una ventana de observación de la crisis y su resolución autoritaria. Pero a Martínez Corbalá no sólo no se le puede, ni se le debe, considerar un espectador a secas, fue un actor decidido, generoso y valiente como persona y como embajador.

México fue un país solidario con el gobierno de la Unidad Popular cuando sólo eran unos pocos en América Latina los que participaban de una política de respeto por la *vía chilena al socialismo*. El autor lo consigna así:

El 14 de mayo [de 1973] recibí a los dirigentes de la Empresa Nacional del

<sup>1</sup> Las comillas quieren indicar lo discutido del término nacional y de nación en un mundo de corrimiento de fronteras como consecuencia de las migraciones y los entretrejimientos culturales.

Petróleo, quienes me manifestaron la necesidad de conseguir urgentemente 500 000 barriles de gasolina y parafina, ya que sus reservas solamente cubrirían las necesidades hasta el próximo 5 de junio[...]

El resultado no se hizo esperar: poco después me llamaba el licenciado Horacio Flores de la Peña, secretario de Patrimonio Nacional y presidente del Consejo de Administración de PEMEX.

El 16 de mayo [...] tuyo la oportunidad de informar al presidente Allende[...] que el Venustiano Carranza ya había zarpado, y que el Plan de Ayala lo haría de un momento a otro (pp. 84-85).<sup>2</sup>

El embajador no sólo retroalimentó el respeto del Estado mexicano hacia sus pares emanado de la Doctrina Estrada, sino que fue un impulsor excepcional de las relaciones entre ambos gobiernos y, finalmente, un decisivo ejecutor de las políticas de asilo diplomático cuando el golpe de Estado acabó con las instituciones, desatando violencia y persecución.

El libro de Martínez Corbalá, con el enfoque de un embajador,<sup>3</sup> ofrece al menos dos posibilidades de género. Es decir, puede verse como un ensayo político y puede verse también como un testimonio. Y en ambos casos lo que ofrece es aún más diverso o, si se quiere, atraviesa distintas inquietudes del conocimiento, basta como ejemplo: la historia diplomática, la historia política, la historia social y cultural.

<sup>2</sup> Véase para el tema el capítulo 7: "La cooperación entre México y Chile (febrero-mayo de 1973)".

<sup>3</sup> El autor aclara que no era un diplomático de carrera.

¿Cuál es la razón de estas dos afirmaciones? De la primera, que se trata a la vez de un ensayo político y de una obra testimonial, es posible argumentar lo siguiente: en cuanto ensayo brinda una reflexión organizada sobre los cómo y los porqué de la conflictividad política y social generada en los años 72 y 73. Ejercita por tanto una argumentación de lo que entiende fueron los elementos principales que coadyuvaron a la derrota del gobierno socialista. De sus cuadernos de notas reproduce: "El 4 de julio [de 1973] el peligro de guerra civil era inminente. Solamente hacía falta jalar el gatillo de cualquiera de los dos lados." (p. 125). Y continúa señalando en la reconstrucción que hace desde el presente:

Por mi parte me equivoqué, si bien en este caso no acerté en cuanto a la apreciación sobre la importancia de la lealtad y el respeto que las instituciones tenían para las fuerzas armadas —aunque fuera superficialmente—, sí asumía que era sólo cuestión de tiempo su intervención abierta y contundente en el escenario político [...]

Por otro lado, y habida cuenta que en la historia de las coartadas no existen, debo decir que la incompreensión de las duras circunstancias por las que atravesaba el régimen de Allende en esos momentos por parte de los sectores más radicales de la Unidad Popular[...] cerraban el círculo[...] dentro del cual habría de sucumbir la vía chilena al socialismo (p. 126).

Al mismo tiempo, en cuanto testimonio, Martínez Corbalá organiza su relato desde su posición de espectador y de actor según los momentos. Existe en el texto una fuerza rectora testimo-

cial que se ratifica con su cuaderno de notas del que reproduce varios pasajes. Éstas, que en algunos casos contienen asuntos transmitidos a la Cancillería en el momento en que se debatía la crisis, son las representativas de sus experiencias y de sus valoraciones, y resultan una parte sustantiva del libro. Un ejemplo de ello lo dan estas líneas:

Ayer –21 de julio [1973]– estuvimos comiendo en Tomás Moro. Se celebraba el cumpleaños de doña Tencha en la intimidad de un grupo pequeño en el que solamente estaban incluidos algunos de los ministros, como José Tohá, y otras personas. Las dos únicas parejas extranjeras éramos el embajador de Cuba y señora, y Teté y yo[...]

Muy notoria la ausencia de los tres jefes de las fuerzas armadas (p. 116).

Como testimonio, el libro satisface los intereses de distintas subdisciplinas, como historia diplomática, historia política, historia social y cultural, así, es factible señalar algunas consideraciones. Para la historia diplomática el texto es rico en datos para la reconstrucción de las relaciones entre los Estados (en este caso México y Chile) en un periodo que va desde una evidente fluidez y armonía hasta la rígida tensión que concluye en la ruptura de relaciones por parte de México en 1974. O para decirlo con otras palabras, desde que el presidente Luis Echeverría Álvarez acepta cambiar al embajador en turno a solicitud de Allende, pasando por el apoyo en petróleo, hasta llegar a la decisión de romper relaciones luego de la intervención directa del canciller Rabasa para solucionar el caso de 71 asilados políticos que perma-

necieron meses dentro de la embajada mexicana. Este último episodio aparece relatado así:

No podíamos pasar por alto, ni el presidente ni yo, que quedaban todavía en nuestra embajada en Santiago, para esos momentos, 71 asilados a quienes por diversos motivos la cancillería chilena se había negado a extenderles los salvoconductos necesarios para que pudieran venir a México. Finalmente, después de haber sido obtenidos dichos documentos en noviembre de ese año por gestiones del propio secretario de Relaciones Exteriores de México, el presidente Luis Echeverría tomó la decisión de romper las relaciones diplomáticas con la Junta Militar (p. 252).

Paralelamente, y de manera relevante, da cuenta del complejo andamiaje de una experiencia de aplicación del asilo diplomático. Desde una mirada comparativa, son pocos los embajadores que han llegado a aplicar lo que constituye un instrumento del derecho interamericano y una política del Estado mexicano. Es un hecho que entre la regulación y la práctica es mucha la distancia, y sólo en coyunturas límite como es el caso de Chile en 1973, se pone en evidencia. Lo recreado por el autor favorece, además del conocimiento de hechos y procesos poco conocidos, los problemas que siguen estando presentes en la regulación del asilo diplomático. Situación que afirma categóricamente en el texto:

En realidad, debo decir que la Convención sobre Asilo Diplomático era –y lo sigue siendo, de presentarse circunstancias similares– un instrumento muy débil para proteger a los ex funciona-

rios del gobierno de la Unidad Popular y a los militantes de las organizaciones que la integraban. En esos días de persecución, de violencia, de martirio masivo que se vivía en el estadio Nacional, de privación de la vida para tantos, creo que los militares conjurados en el golpe nunca supieron, afortunadamente, de las insuficiencias de este texto jurídico (pp. 208-209).

Para la historia política, y muy especialmente de América Latina en la segunda mitad del siglo XX, este libro ofrece nuevos datos sobre los hechos y sobre las posibles formas de rehistoriarlos, de integrarlos, que puede llegar a ser original en un acercamiento al tema. Lo interesante es que lo escrito por Martínez Corbalá sigue siendo cierto cuando se piensa en la historia social y cultural, de manera especial en la historia de las migraciones. Éstas, como fenómeno destacado del siglo XX, tuvieron un nuevo impulso durante los últimos 30 años. México no sólo es país de emigrantes, lo es también de inmigrantes. Una de las corrientes que alimentan la migración está marcada por la persecución política, y el asilo diplomático es una de sus expresiones. Y el refugio que México dio a los chilenos es numéricamente, en su historia, el segundo en importancia después del español.

Los distintos aspectos de un conflictivo Chile podrá encontrarlos el lector en *Instantes de decisión. Chile 1972-1973*. El orden del relato, entendido como testimonio y reflexión, fue organizado por el autor en 24 pequeños capítulos y en un apartado de entrevistas breves y específicas para precisar sus remembranzas, realizadas en julio

de 1998 en Santiago de Chile.<sup>4</sup> Completa el libro un conjunto de fotografías y documentos que testimonian la actividad diplomática de la época.

En suma, no es un libro elaborado desde la academia y para el mundo académico, está fuera de estas fronteras pero, si es que se puede decir así, golpea sus puertas y despierta su interés por lo que ofrece. La documentación y el relato testimonial tienen un enorme valor para quienes estudian o se interesan por la historia reciente de América Latina. Y el conjunto del trabajo es una expresión de que se va rompiendo el silencio por el trauma de lo vivido y comienza a alimentarse una memoria colectiva, siempre necesaria en toda sociedad.

Silvia Dutrénit Bielous  
INSTITUTO MORA

Pedro L. San Miguel, *El pasado relegado: estudios sobre la historia agraria dominicana*. UPR/Librería La Trinitaria/FLACSO, Santo Domingo, 1999, 304 pp.

Cuando se piensa en las formas de producción del área caribeña, de inme-

<sup>4</sup> Los entrevistados son: Roberto Sánchez, quien fuera comandante de la Fuerza Aérea y edecán militar del presidente Salvador Allende; Carlos Altamirano, quien en aquellos años era senador y ocupaba la Secretaría General del Partido Socialista; Hortensia Bussi de Allende e Isabel Allende, viuda e hija respectivamente del presidente socialista y Gabriel Gaspar, quien en el momento del golpe de Estado era militante del Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU) y recibió el asilo del gobierno mexicano, pp. 255-275.